

***El pasado entrometido. La memoria histórica como campo de batalla, de Iván Garzón Vallejo (2022), Crítica, 312 p.***

DOI: 10.17230/co-herencia.21.41.13

**Mauricio Uribe López\***  
mauriciouribelopez@gmail.com

El protagonista de *Ayer no más* (Trapiello, 2012) es un historiador de la Guerra Civil española cuyo padre -quien peleó en el “bando nacional”- es acusado, después de setenta años, por haber asesinado a un hombre indefenso. A pesar de las tensiones familiares, José Pestaña, quien como historiador forma parte de un grupo de investigación sobre memoria histórica en León, no cae en la trampa de una visión maniquea de la guerra. Para él, interpretar la guerra a partir de la idea de dos bandos -uno bueno y otro malo- omite que al interior de cada uno hay tanto perpetradores como víctimas. En esa interpretación, la lógica del “tú más” predomina sobre la del “yo también”.

Lo que el personaje de la novela de Andrés Trapiello reconoce como válido en el caso de la Guerra Civil española tiene una aplicación más general. En su libro *El pasado entrometido. La memoria histórica como campo de batalla*, el profesor Iván Garzón Vallejo advierte sobre los riesgos de “reducir el mundo a un relato de blancos y negros, sin matices ni claroscuros” (2022, p. 184). Algo que recalca apelando a las palabras de Tzvetan Todorov: “Si hay una lección que la historia debería enseñar es que todo el bien y todo el mal nunca están del

\* Economista y  
Doctor en Ciencia  
Política. Colombia.  
ORCID: 0000-0002-  
6389-0966

mismo lado, sino que hay siempre una gran complejidad” (citado por Garzón, 2022, p. 185). Esa interpretación dualista va de la mano con aquella ideología victimista que Daniele Giglioli (2017) cuestiona en su *Crítica de la víctima* y que, por supuesto, no aplica a las víctimas reales sino a la “víctima fingida y sobreactuada” que se parapeta en el *pathos* de lo incontestable (*unanimismo moral*), en el maniqueísmo (*binarismo epistémico*) y en un esencialismo identitario que entorpece su propia agencia. Para Giglioli, afirma Garzón, la ideología victimista va en contravía de la responsabilidad política.

Garzón Vallejo encuentra en el escritor italiano Primo Levi, sobreviviente de la *Shoah*, un testimonio en contra de las distinciones nítidas propias del “binarismo epistémico”: “[E]l enemigo estaba alrededor, pero dentro también, el ‘nosotros’ perdía sus límites, los contendientes no eran dos, no se distinguía una frontera sino muchas y confusas, tal vez innumerables, una entre cada uno y el otro” (citado por Garzón, 2022, p. 237).

El deber de escuchar los testimonios de las víctimas no puede confundirse con la tentación de sacralizar su relato. Un testimonio debe ser cotejado con otros y las verdades testimoniales también deben confrontarse con la “verdad fáctica”, es decir, aquella que nos sugiere la evidencia empírica contrastada de manera intersubjetiva. Además de las verdades testimonial y fáctica, y tomando como referencia las cuatro nociones de verdad reconocidas por la Comisión de la Verdad y la Reconciliación de Sudáfrica, Garzón Vallejo explora también otras verdades: la “verdad social o la construcción de una narrativa colectiva” que tiene lugar en una esfera pública polifónica que se construye a partir de metodologías de la escucha, como las desarrolladas por la Comisión de la Verdad en Colombia; también, la “verdad restaurativa”, orientada a reparar el daño y a prevenir nuevos abusos. Sin embargo, la que implica una responsabilidad con el presente y el futuro es la “verdad histórica al servicio de la convivencia” que “evita el *pathos* punitivo [...] y lo reemplaza por un *ethos* que facilita la convivencia” (Garzón, 2022, p. 248).

*El pasado entrometido* le ofrece al lector un recorrido -enriquecido por un conjunto cuidadosamente elegido de referencias literarias, poéticas, pictóricas y audiovisuales- por


los debates, los dilemas, las trampas y los desafíos de la memoria histórica, así como por los diferentes repertorios que las sociedades despliegan para lidiar con un pasado que jamás es estático, sino que se reinterpreta y al que nos asomamos -afirma Garzón- no como arqueólogos sino como artesanos.

En las etapas del duelo identificadas por la psiquiatría, Garzón Vallejo encuentra la oportunidad de ilustrar diferentes formas en las que las naciones afrontan sus pasados violentos: la *negación* (China frente a la masacre de Tiananmén; Turquía y el genocidio armenio); la *ira* desatada en Estados Unidos en contra de monumentos y símbolos confederados, o la que acompaña al “triumfalismo resurgente” de muchos jóvenes irlandeses que no padecieron los *Troubles*); la *depresión* que resulta de un pasado que por inabordable e innumerable -los crímenes del estalinismo- fue convertido en tabú; la *aceptación* alemana “de la responsabilidad moral colectiva por los terribles crímenes de su pasado” no exenta de controversias como la “disputa de los historiadores”: una polémica entre la relativización histórica del terror de los campos de concentración (Ernst Nolte) y su lectura desde la sensibilidad moral (Jürgen Habermas), y no desde la comparación histórica. Una tensión -señala Garzón- entre historia y memoria. También está la *negociación* como en Sudáfrica o en Colombia, país que ha negociado sus violencias, pero no sobre su memoria histórica, excepto en el proceso de paz con las Farc.

Para Garzón Vallejo, España es uno de los principales laboratorios de los dilemas de la memoria histórica por cuenta de una guerra civil, una dictadura y un conflicto con una agrupación terrorista. El autor dedica especial atención a los debates sobre la Transición a la democracia (1975-1982). Para unos, ese es “el mito fundacional de la democracia española”, ejemplo de moderación y pragmatismo; para otros (fundamentalmente quienes no sufrieron la guerra ni padecieron la dictadura), “un pacto del olvido”. Al fin de cuentas, el pasado español no pasa y el uso político de la memoria forma hoy parte de las disputas entre la izquierda y la derecha.

En general -señala Garzón Vallejo-, las transiciones tienen un carácter trágico por cuanto implican dilemas políticos centrales: reconciliación frente a justicia; olvido o memoria; política contra

derecho; convivencia y derechos humanos; futuro contra pasado. Sin embargo, de estas lógicas binarias se derivan tres advertencias: en primer lugar, que no existe un modelo único de transición (a la democracia, o de la guerra a la paz); en segundo lugar, que el éxito de una transición depende en buena medida de un gran acuerdo político “que active y soporte los mecanismos de la justicia transicional” (Garzón, 2022, p. 131) y, por último, y en estrecha relación con la advertencia anterior, que el “maximalismo de las consignas y de las buenas intenciones es una receta segura para el fracaso” (p. 133).

El libro de Garzón Vallejo cuestiona con dureza lo que denomina -en referencia al filósofo español- “el paradigma Santayana” que habita en el aforismo: “Quienes no pueden recordar su pasado están condenados a repetirlo”. En realidad, como lo demuestra lo que vino después del discurso de Gazimestán en el que Slobodan Milošević conmemoró los seiscientos años de la derrota de los serbios a manos de los otomanos, recordar no necesariamente implica comprender y superar. Además, nos reitera Garzón de la mano de David Rieff, el pasado nunca se repite de la misma manera y su recuerdo -por sí solo- no nos inocula contra nuevas atrocidades 

## Referencias

- Garzón Vallejo, I. (2022). *El pasado entrometido. La memoria histórica como campo de batalla*. Crítica.
- Giglioli, D. (2017). *Crítica de la víctima* (B. Moreno Carrillo, Trad.). Herder.
- Trapiello, A. (2012). *Ayer no más*. Destino.